

CARAS Y CARETAS

ADMINISTRACION
Calle del Cerro número 37
Montevideo

SEMANARIO FESTIVO
Director: EUSTAQIO FELICER

AÑO I - TOMO I
17 DE AGOSTO DE 1890
Número 5

CARICATURAS CONTEMPORÁNEAS
FRANCISCO BAUZÁ

PRECIOS
DE
SUSCRIPCION

MONTEVIDEO Y DEPARTAMENTOS

Un mes	1.00
Seis meses	5.00
Un año	9.00

EXTERIOR

Los mismos precios, en moneda equivalente, con el aumento del franqueo.

Número corriente, 30 centésimos
atrasado, 60

SE PUBLICA LOS DOMINGOS

IMP. LIT. LA RAZON CALLE CERRON 293, 37

Tribuno de brillante inspiracion,
blanco de cutis, rojo de opinion,
y hasta el tuétano mismo, clerical.
No hay quien tenga mas fé en la religion
católico-apostólico..... oriental.

SUMARIO

TEXTO—Zig-zag, por Eustaquio Pellicer—«Cuento», por Joaquín Baurá—«Por seguir a un galgo», (Capítulo I) por Luis Cardoso Carvallo—«Poesías», por Ricardo Palma—«El Jefe», por M. M.—«Teatros», por Caliban—«Sports», por Pío—«Menudencias»—Correspondencia particular—«Espectáculos»—Avisos.

GRABADOS—Francisco Baurá—Variedades—Ricardo Palma—José Oñiza—Josefa Pía y otros, intercalados en el texto y avisos, por Schütz.



Se sabe que en la manifestación hecha el lunes a la Unión Cívica de Buenos Aires, tomaron parte treinta mil personas, salvo alguna que otro usurero, involucrado en el común de las gentes.

Por falta de tiempo no pudimos comprobar si esa cifra es exacta, pues una vez que nos pusimos a contar la concurrencia, empezó a gritar desahoradamente un señor que estaba cerca de nosotros, y como creyéramos que le hubiese ocurrido alguna desgracia, interrumpimos nuestra cuenta para preguntar:

—¿Le atropelló algún carruaje a ese señor?
—Debe ser que ha sentido alguna puntada en el costado izquierdo, porque se lleva la mano a ese sitio—nos observó uno.

—No es eso;—expuso otro—es una vena que se le ha debido romper en la parte de adentro, porque ha dicho en voz bien alta que tiene inundado el corazón de, no sé qué.

—De sangre, será.
—No señor, ha dicho de otra cosa que era inmensa y sin límites.

—Eso no puede ser—interrumpió un tercero—será todo lo grande que lo permita el ancho de la vena, ó, cuando mas, la caja del cuerpo. En esto, una oleada de gente nos condujo hasta muy cerca del señor que gritaba y nos explicamos las voces.

Era que pronunciaba un discurso patriótico, ensalzando la conducta de los que derrocaron a Juárez.

Los gritos debían tener por objeto que llegase el discurso hasta el oído de los Jefes de la revolución.

También averiguamos que lo que le inundaba el corazón no era sangre, ni líquido que se le pareciese.

Era, la dicha.
No hay nada que haga sentir tanto el fuego de la elocuencia, en la punta del pico, como las manifestaciones populares.

Al individuo que creais mas incapaz de decir «Buenos días, señores» en voz alta, dadle gente que le rodee, muchos picos de gas que le alumbrén, cohetes abundantes y un farol donde encaramarse, y se desbordará en raudales de inspiración sobre cualquier asunto.



Porque, el asunto, es lo de menos; lo de mas es hablar y hablar con toda la convicción mas imitada posible, para hacer ver que se tiene corazón sano y pulmones robustos.

No es que quiera decir con esto que los que llevaron la palabra en la manifestación del lunes, lo hicieran impulsados por móviles ajenos a los del sentimiento mas puro, inspirado por la solemnidad del acto. ¡Libreme Dios!

Es que no me puedo resignar a que hablen tantos y, sobre todo, a que lo hagan tan fuerte.

Y es, tambien, por que me recuerda muchos casos en que observé que los que hacían mas ruido eran los que menos tenían que ver con la cosa.

Cuando se proclamó presidente al Dr. Herrera, un sujeto recién llegado de Europa, se encontró al desembarcar con la comitiva que acompañaba al Doctor hasta la Cámara.

—¿A quién dan vivas?—preguntó el recién llegado.

—A Julio Herrera que ha sido electo Presidente.

Pué lo bastante. Desde ese momento sus vivas! fueron los mas sonoros. Pronunció tres discursos en la calle Sarandí, dos en la Plaza Independencia y uno muy largo frente a la casa de Tajés.

El público le aplaudió a rabiar y le hubiera tomado por el mas entusiasta compatriota, si al final de su ultimo discurso no dice:

—«Orientales! quiera el cielo que el laurel inmarcesible de la gloria, corone la venerable cabeza del Dr. Herrera, cubierta ya por la nieve de los años.»

Habia tomado a Orejuela por el Presidente electo.

Luego he sabido que ese sujeto de espíritu manifestante, siguió viaje para la capital argentina.

Me apuesto el importe de treinta suscripciones a que fué el mismo que, según los diarios, dirigió la palabra al Dr. Pellegrini, diciéndole entre otras cosas:

«Aún humeante la sangre de las víctimas en este suelo que nos vió nacer...»

Y el individuo me consta que es natural de Murcia, provincia de España.



La Universidad ha adquirido un fonógrafo. La otra noche le probó ante numerosas personas, invitadas al efecto.

El aparato, muy parecido en su forma a una máquina Singer, habló con fácil palabra e inspirados conceptos y cantó con voz, algo engolada si, pero no exenta de sentimiento musical. La acción dramática no la pudimos apreciar por estar guardada en una caja.

Uno de los concurrentes, creyendo que el aparato era una persona mal configurada, le preguntó:

—¿Sabe V. si el Banco llamará a la conversión en la fecha que ha prometido el Gobierno?
Otro individuo, abandonó rápidamente el salón al oír hablar en inglés al fonógrafo, y cuentan que dijo al salir.

—¡Hasta en los aparatos de física me he de encontrar con ingleses!

Según el Dr. Williman, el fonógrafo repite cuanto se le habla, de lo que deduzco que el perfeccionamiento del aparato no llega todavía a reproducir los discursos de muchos honorables señores que tienen asiento en nuestras Cámaras.

Verdad es, que para conseguir esto, basta inventar un aparato que pueda moverse a voluntad, de arriba abajo y de izquierda a derecha.

Para mas propiedad, puede dársele la forma de una cabeza humana.



La Bolsa sigue en baja; los negocios paralizados y el pan, al alcance de muy determinadas personas. Es casi una golosina.

La única salvación posible que se nos presenta, es aceptar el reto que en grandes carteles nos hace la empresa del Circo Oriental.

Dice que dará quinientos pesos! al que se meta en la jaula de los leones.

Dura es la prueba, pero no tendremos mas remedio que sucumbir a ella.

Para fortalecer nuestro valor diremos lo que decía un amigo nuestro:

—El que ha vivido catorce años bajo el mismo techo que su suegra, y tiene que habérselas día a día con el dueño de la casa, bien puede atreverse a alternar con animales feroces!



En la semana entrante se efectuará en el teatro Solís una interesante función a beneficio del célebre compositor y concertista de piano Dalmiro Costa.

Dalmiro Costa, es oriental, y un verdadero genio, aunque algo corto de vista.

Vive por la música, para la música y no me atrevo a decir que con la música, porque con ella, como con los versos, son muy contados los que pueden vivir.

Oyendo tocar el piano a Dalmiro, se olvida uno hasta de que tienen tarifa los carruajes de plaza y que D. Lindolfo Cuestas está en el Directorio del Banco para suplir al primero que se le presente.

En fin, caballeros, cuando vean anunciado el beneficio de Dalmiro Costa, apresúrense a tomar localidad, cueste lo que cueste, porque van a oír a un hombre que vale mucho.

Vale tanto, que apreciado monetariamente, podría decirse que es un pianista de cuatro setenta.

EUSTAQUIO PELLICER



Un ricacho de un lugar, dueño de mil posesiones, y de casas, y doblones, y de molino y lagar.

tuvo la feliz idea de hacer sacar una copia de una finca linda y propia, que es la que mas lo recrea

Hizo venir un pintor de fama reconocida,

y fue con él en seguida (porque esto era de rigor)

a enseñarle el sitio aquel que tenía que pintar,

digno, en verdad, de ocupar la paleta y el pincel.

Dan vueltas en derredor, ninguno de los dos chista,

hasta que el punto de vista llegó a encontrar el pintor.

Y sacando una cartera, un lápiz y un gran papel,

empezó a tomar en el apuntes a la ligera.

El propietario al ver esto exclamó:—¿Usted pintará la casa tal como está?

—Tal como está, por supuesto.

—¿Hará usted el emparrado?

—Sí, señor.—¿Desearía que hiciese usted, si podía, un caballo aquí parado.

—Sí, señor, le pintaré.

—¿Hará muy bien, verdad?—Sí.

—Diga usted. ¿Y un burro aquí...?

—El burro donde usted esté haría mejor efecto.

—Un guarda también quisiera...

—Puedo hacerle aquí, más fuera.

—¿Va a ser un cuadro perfecto?

—¿Y la puerta estará abierta?

—Como la está usted mirando.

—¿Y cabe un perro ladrando aquí, al lado de la puerta?

—Sí, pero más en el centro es donde voy a pintarle.

—¿Y quisiera que al mirarle, corriendo se entrase dentro.

—¿No podrá ser?—¿Por qué no?

—Por que eso le hará subir de precio.—No hay que decir nada de eso.—contestó.

Que valga lo que valiere yo lo pagaré, con tal que entre y salga el animal.

—Lo hará como usted lo quiere.

Concluido el cuadro, agradó muchísimo al propietario;

y al cura y al boticario, y a todos entusiasmó.

—Es exacto el parecido!

¡Todo está perfectamente!

Una cosa solamente noto que echó usted en olvido,

y es el perro, que no encuentro.

—Porque en cuanto le miré—contestó el pintor—se fue a la casa, y está dentro.

JOAQUÍN BAURÁ



CAPÍTULO I

DONDE APARECE EL GALGO

Un sol de invierno, amarillento y tibio, batía las puertas que daban al gran patio del conventillo de don Ignacio, y se caía aquellas baldosas rotas é informes que la encargada, doña Leocadia, había lavado con escoba dos horas antes.

Poco a poco, se abrían aquellas puertas para dar salida á las inquilinas, que, soñolientas desgreñadas, sacaban el brasero, al cual arrimaban la charumaca, encendida con un cabo de vela, ó se dirigían al pozo al rededor del cual se cambiaban los saludos matinales, ó iniciaban el diario tejido de la murmuración.

—Buenos días, doña Leocadia—decían todas dirigiéndose á la encargada, vieja cincuenta, de aspecto hombruno, rica en carnes y de labia inagotable, pues con ella había alcanzado á colocarse en el patio, como mediadora en todas las cuestiones y pacificadoras en todas las riñas, amén de otros derechos que ella reclamaba y que fundaba en la confianza que le merecía á don Ignacio.



—Buenos días—contestaba ella, mientras se alisaba el pelo con un peine, junto á la puerta de su cuarto, desde el cual dominaba el ancho patio con sus filas laterales de cuartos numerados, cuyas puertas pintadas de verde, rompían la monotonía de aquellas paredes blanqueadas, que encerraban en enorme cuadrado las piletas almeidas en el fondo; el aljibe inconfundible de brocal de piedra, negro y gastado; las cocinas raquíticas y sin ventilación; la red de cuerdas que de un lado á otro se extendían, y de las cuales colgaban, lícicas y húmedas, las ropas enjugadas en la noche anterior; las gallinas flacuchas, que picoteaban el grano ó el residuo olvidado por doña Leocadia en los intersticios de las baldosas durante su baldeo matinal; el grito haragán y friolento, que se espulgaba sobre un grón de sol, y los chitucos sacos y harapos, que las madres lavaban en tinajas ó en cacharros, unas juntas á otras, sin interrumpir la charla inagotable, el comentario, el sucesor del día, que agote siempre la prisión del hermano de doña Pepa, la cigarrera, la enfermedad de doña Dorotea, parálisis desde siete años atrás, y con cuatro hijos, ó el alquilar que hay que pagar, sin apelación, porque doña Leocadia no anda en chicas y enseguida pide el cuarto.



—Este muchacho me tiene loca—escuchaba doña María, la costurera de gente principal, acreditada por sus hilvanes, mientras martirizaba á un muchachote regordete y rojo, arrimado á la piletta, en donde lo enjabonaba antes de darle el desmayo para enviarlo al colegio.

—Juanito, tráeme el brasero—volvía desde un fondo del patio la mujer del sereno, al mismo tiempo que sacaba del fondo de un cajón, la ropa empapada y retorcida que empezaba á almidonar con cuidado, antes de ponerla sobre la tabla de la plancha, al mismo tiempo que doña Leocadia, ya peinada y con su dental de zaraza azul, iniciaba la tarea higiénica de ventilar su cuarto, colocando sobre sillitas los cobertores y las sábanas de su lecho y junto á la puerta los trebejos de uso para que el aire de la mañana los desinfectara.

Entretanto, el sol matizaba con luz mas fuerte el patio que se animaba con la conversación de los vecinos, que casi todos se habían levantado y se presentaban en las puertas restregándose los ojos, unos, á medio vestir, otros, y los mas, cambiando saluciones con los de al lado, viejos amigos, de los primeros inquilinos, aboyas fundadoras de esa colonia en que no había un zángano que conturbara la diaria armonía y la paz existente en el conventillo.

De cada cuarto salían dos ó tres muchachos que, á saltos, se repartían por el patio y por las piletas, poniendo en cuidado á doña Leocadia que vela en peligro la limpieza de sus dominios y que la obligaban á que les ordenara que salieran á la calle, en tanto que

las niñas, prendidas del vestido de las mamás, interrumpían el corrillo decidior y charlatán formado alrededor del aljibe, con sus preguntas y sus lloriqueos; mientras allá en el fondo, en una sombra enorme, se agitaban en pelotón informe las madrugadoras, junto á los lavaderos desbordantes de agua enjabonada, de entre cuyas espumas sacaban, estrididas y goteando, las piezas de ropa que retorcían febrilmente, después de golpearlas, para arrojarlas en la batea ó para prenderlas con alfileres en las cuerdas sostenidas por cañas ó atadas de una reja á un clavo.

Ya el sastre D. Eusebio, sentado sobre la mesa, había iniciado el remiendo del pantalón que no pudo terminar la noche anterior, nó sin haber encendido antes el hornillo sobre el cual se caldea la plancha de acentar las costuras; ya Pietro, el zapatero del barrio, aturda el patio con sus martillazos en la suela dura, que resonaban con eco metálico; ya el pandero había dejado aquí y acullá los pases de su canto enorme, después de recoger el precio y las reclamaciones de las marchantas; ya el cuadro, siempre igual, de aquel patio turbulento, adquiría su verdadero aspecto, un aspecto indecible, lleno de escondidos detalles, de sombras y de claridades, de quejas y de alegrías, confundidas ó combinadas, sobre aquel piso de baldosas rotas, siempre limpias y siempre sucias, sobre las cuales se agitaban los inquilinos en permanente promiscuidad y aspirando una atmósfera que apenas podía purificar el sol que por todo el patio se repartía en ondas de luz clara y vivificante....

—Doña Leocadia ¿ha visto á don Andrés? ¿Cómo no se ha levantado todavía?—preguntaban á la encargada, las vecinas, interesadas por conocer las causas que obligaban al vecino del número 8 á permanecer con su puerta cerrada. Extrañaba toda aquella gente que don Andrés no hubiera abierto su ventanita, una ventanita de un solo vidrio, por la cual se colaba todas las mañanas el rayo de sol que alejaba el sueño de sus ojos. La ventanita permanecía cerrada y eran ya las nueve....



Un viejo rentista era don Andrés, un hombre surgido no se sabe cómo, ni cuando, ni donde: un viejecito de 60 años, alegre, paquetón, amigo de enamorar á las muchachas lindas de la casa, siempre con una declaración para ellas, con un consejo para los vecinos, y con una caricia para los chicos: un madrugador que abría su ventanita y desde ella contemplaba las primeras agitaciones del patio, dando tiempo á que hirviera en el reverbero el agua con que se hacía el mismo, se desmayaba—¡ah! ó café y galletitas Mamea con anís—un original á quien nadie visitaba, que había hecho de su existencia un cronómetro, y que vivía de la renta de dos casas que administraba don Ignacio, el dueño del conventillo. Se levantaba con el día y se encerraba cuando la noche borraba el cielo. Era un ser inofensivo, que se había rodeado de las simpatías de sus compañeros de casa, que se calzaba en la zapatera de Pietro, que lo vestía don Eusebio, que le hacía los cigarrillos de tabaco virginia doña Pepa, y que era objeto del cariño de doña Leocadia, porque lo veía bueno, caritativo con don Dorotea y amable hasta con los inquilinos mas insoportables.

—Que le pasará á don Andrés?—decía la Juaniella con maliciosa curiosidad, dirigiéndose á la encargada que se entretenía en tejer una media.

—Quién sabe! contestaba esta, sin interrumpir su tarea. —Quizás haya pasado mala noche y casi estoy por llamar....

—Déjelo, doña Leocadia, no lo incomode—decía otra desde la puerta de su cuarto—¡ya se despertará con el barullo que le hace el zapatero... ¡valiente vecino!....

Los habitantes aumentaban entre aquellas gentes en pleno periodo de agitación. Entraban y salían los fruteros y verduleros que atronaban con sus gritos al ofrecer sus mercancías. El ruido de la calle se confundía con el ruido de la casa, formando una nota vibrante y atronadora que se estrellaba en las paredes y se derramaba por las habitaciones. Los chicos unían á ella sus gritos atiplados que disonaban con las canciones de las vecinas, que, doña Pepa, sobre las bateas ó entregadas á sus ocupaciones, matizaban con sus vestidos multicolores el fondo ahumado del patio, encuadrado entre las paredes caliginosas sobre las cuales el sol estampaba sus rayos.

Doña Leocadia sentía que la curiosidad la empujaba hacia el cuarto de don Andrés. Aquella puerta cerrada la tenía sobre ascuas. Abandonó su habitación

y dirigiéndose al cuarto núm. 8, golpeó, sin obtener contestación.

Detrás de ella los chicleos, y una ó dos mujeres se situaron en frente de la puerta, mientras don Eusebio, con las gafas azules encañadas sobre la nariz, se presentaba también cubierto de hilachas y de alfileres.

—Don Andrés! Don Andrés!—dijo con voz fuerte doña Leocadia, al mismo tiempo que empujaba la puerta y uno de los chicos se encaramaba en la ventanilla y golpeaba el vidrio.



Mujer práctica, doña Leocadia miró por la cerradura y vió que la llave estaba puesta del lado de dentro.

—Santa Leocadia, ¡mi protectoral qué le habrá pasado á don Andrés?—Y llamó con mas fuerza sin obtener respuesta.

El gran acontecimiento se dibujaba en el conventillo. Los vecinos abandonaban sus cuartos, las lavanderas, secándose las manos con los vestidos, se acercaban en grupos á la puerta, haciendo comentarios de todo género entre los que se destacaban frases de piedad para don Andrés. Doña Leocadia no sabía qué resolución tomar. Temía ser indiscreta, y temía por su crédito de encargada del conventillo. Algo pasaba en la habitación que no quería conocer. Dentro de su pecho se sublevaron delicadezas discretas, que eran dominadas por otra fuerza que hacía presión en su cerebro. Pero los comentarios de las vecinas la animaban. Allí había una desgracia. No podía haber otra cosa. Era necesario concluir y salvar su discreción y su responsabilidad.

—Don Joaquín, abra esta puerta—dijo á un vecino, al maestro carpintero de don Ignacio, el cual, valiéndose de un cortafierro y de un martillo hizo saltar la cerradura....

En tropel entraron los chicleos, seguidos por doña Leocadia, que tuvo que retroceder á su vez, empujada por los chicos que, pálidos y asustados, se esparcieron por el patio, mudos de terror....

—¡Habían visto á don Andrés acostado y atado en su cama de hierro, con la cara livida y la boca apretada con un pañuelo blanco!

Don Andrés había sido asesinado! Era la noticia que corría por el conventillo agitando á todos, conturbando las tareas, atemorizando á las mujeres que se hacían crueles al pensar en ese hecho inaudito, increíble, irregular en aquella casa pacífica, en la que nunca entró un comisario, ni siquiera de salubridad.

Horrorizada doña Leocadia, se echó á llorar en los brazos de doña Pepa, que levantaba los ojos al cielo, como si pidiese castigo para ese crimen, en tanto que las demás mujeres, teniendo á sus chicleos por las manos, se repartían por las habitaciones para comentar el suceso á su manera, dándole el colorido tético que le correspondía y entregadas á las suposiciones mas adversas, de muchas de las cuales, no salía muy bien parado el infeliz don Andrés. Toda la vida normal del patio, el lavado, los fregados, los barridos, las tareas culinarias, se había suspendido. Las gallinas y pollos se entretenían en picotear todas las ropas enjugadas, y las tapas de las ollas que se hallaban sobre los braseros, saltaban á impulsos del hervor del puchero que se cortaba porque no había quien lo espumase.

Toda la actividad estaba en la puerta del cuarto de don Andrés. Un cuarto pequeño, pero siempre empapelado y amueblado con cierto esmero. Un escritorio antiguo en un extremo de la habitación; una mesa en el centro con los cajones abiertos; un lavatorio y junto á él la cama de hierro: y sobre ella, rígida, helada, espantosa, el cuerpo de don Andrés.

—¿Cómo se cometió ese crimen?

Nada se sabía. No se le conocían enemigos ni tampoco se le conocían amigos. Su existencia metódica y sencilla no daba cabida á apreciaciones sobre sus condiciones morales, que eran intachables. ¿Quién pues, había cometido ese crimen? ¿Y con qué móvil se cometió? El hecho de estar abiertos los cajones de la mesa, hace suponer que fué el robo. Pero el escritorio estaba intacto, en él guardaba don Andrés las escrituras de sus dos casas, en la habitación no se notaban indicios de lucha violenta, anterior al momento del crimen, sobre las sillas se veía la ropa que don Andrés se sacó antes de acostarse, y su reloj de oro—un viejo remontoir—estaba sobre el lavatorio, marcando la hora del momento. Sobre todo, la puerta había sido cerrada por adentro y la llave estaba en la cerradura.

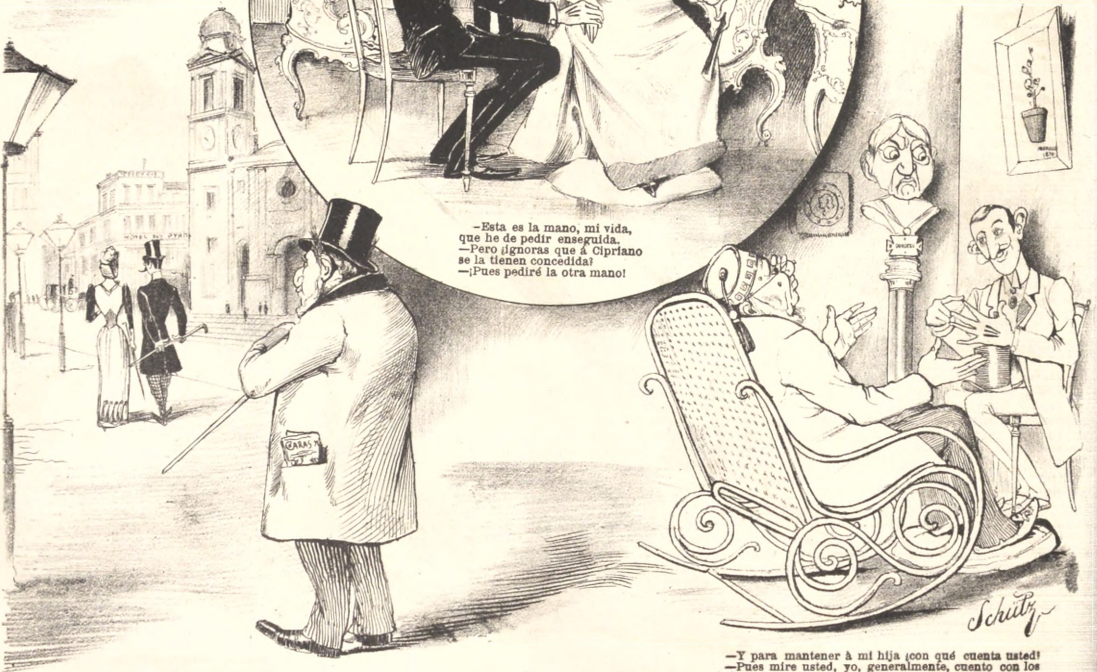
Profundo misterio envolvía el suceso y en desconcertado se ocupaban los vecinos, cuando llegó el médico forense que constató la muerte de don Andrés por asfixia, extendiendo la papeleta de defunción.



—No vaya usted á visitarme.
—Por qué, simpática Lolá!
—Por que estoy en casa, sola,
y podían criticarme.

Si su amor ha de ser muy consecuente
no sea tardo en pedirme muy tardío,
pues ya ve que no estoy, amigo mío,
para pasar el tiempo inútilmente.

—Esta es la mano, mi vida,
que he de pedir enseguida.
—Pero ¿ignoras que á Cipriano
se la tienen concedida?
—¡Pues pediré la otra mano!



—Ahí vá mi mujer con uno que naturalmente! no
debe ser su marido.

—Y para mantener á mi hija (con qué cuenta usted!
—Pues mire usted, yo, generalmente, cuento con los
dedos. Es la mejor manera de no equivocarse.

Schulz

DADES



Cayó la noche sobre el pítio del conventillo, que mal alumbrado, parecía la boca de una cueva. Pero del cuarto de don Andrés salía un chorro de luz que clareaba, en parte, aquel cuadrado, en medio del cual se agitaban, tocadas por el viento, las ropas colgadas de las cuerdas y los carbones que se apagaban en estallidos entre las cenizas de los braseros; eran las luces de las seis velas que rodeaban el féretro en que dormía don Andrés el eterno sueño...



Vahidos y más vahidos asaltaban a doña Leocadia, que lamentaba la suerte infeliz de su inquilino, y cada vez que el amonico apaciguaba sus nervios preguntaba si se sabía ya quién era el asesino de don Andrés.

Al día siguiente, cuando la calma renacía en su espíritu, oyó de labios del zapatero Pietro estas palabras, que inundaron de sombras su mente:

—Doña Leocadia: el sereno de la esquina declaró que a las 3 de la mañana vió salir de aquí a un hombre acompañado por un perro galgo.

—¿Un galgo?—se preguntó doña Leocadia.

Y en su cerebro se clavó, con pertinaz consistencia, la figura de un hombre acompañado por un galgo...

LUIS CARDOSO CARVALLO

POESÍAS

DE



RICARDO PALMA

(ESCRITOR PERUANO)

Leña para el infierno

Diz que se confesaba un usurero, enredista, tramposo, verdadero tizón de la cocina donde el demonio sin rival domina. Y haciendo el desfilio de su conciencia, al sacerdote dijo: —Padre, acúsome, a fuer de penitente, que no tuve piedad del indigente, y al que vi en un apuro apretéle la soga, duro, duro.



El buen fraile, que oíalo espantado exclamó: —¿Dessidichado! ¿y no pensaste que algún día a juicio el Justo Juez te llamaría? —Ah! la cosa dá largas ¡por mi abuela! (gritó contento el hombre-sanguiuella). Si Dios es Juez de paz, no me querello de andar entre escribanos... ¡qué me place! Entablase demanda... ¡puego en ellol!... que despues... ya veremos lo que se hace.



La gran noticia

A un viejo que pasaba por la calle, una niña bonita y de arrogante talle detuvo del faldon de la levita,

diciéndole:—Señor, por vida suya, quiero que usted me instruya de las nuevas que aquí me participa una tia que tengo en Arequipa— Y, sin mas requirorio, una carta pasóle al vejestorio.

Cabalgó el buen señor sobre los ojos un grave par de anteojos; el sobre contempló, rompió la oblea, la arenilla quitó de los borrones, examinó la firma, linda ó fea, y se extasió media hora en los renglones.

Ya de aguardar cansada, —¿Qué me dicen, señor?— dijo la bella— Y el viejo echó a llorar diciendo:—Nada! has nacido, mi bien, con mala estrella— Asustada la jóven del esceso de llanto del anciano, le preguntó:—¿Quizá murió mi hermano?— y el viejo respondió:—Es peor que eso. —¿Está enferma mi madre?— Todavía es peor cosa, hija mia. No puedes resistir a esta desgracia... yo, viejo y todo, me volviera loco! —¿Que ha sucedido, pues, por santa Engracia? —Que tú no sabes leer... ni yo tampoco.



Típico

En la diestra picolé a un escribano ponzoso escorpión. El cirujano, a remediar llamado la avería exclamó:—¡No hay tu tial! esta es la mas atroz de las dolamas...! cloroformo, serrucho y ¡fuera mano! Otra cosa es andarse por las ramas.— E hizo la amputacion. De su letargo el paciente volvió con llanto amargo, y maldiciendo mas que un carretero. —¿A qué viene la queja?—Refunfuñas porque salvas la vida, majadero? —No lamento mi mano, caballero. —Entonces ¿por qué lloras?—Por mis uñas.



¡El Jefe!

¡Y murmuran de caseros! ¡Y hablan mal de cuñados y sobrinos! ¡Y escriben diatribas contra las suergas! ¿Pues dónde me dejan ustedes, gaceticeros gruñones, dónde me dejan ustedes el jefe? Páguen ustedes con puntualidad, y verán a la patrona dócil y al casero complaciente. Tengan ustedes un poco de carácter, y el cuñado ó el sobrino se reducirán a sus naturales límites. Rompan ustedes con el tradicional odio a las suergas, sèen con ellas tolerantes, y las verán sonrientes y dóciles.

Pero el jefe... ¿me quieren ustedes decir qué puede hacer un hombre para desrugar el ceñudo entrecejo del jefe?

El jefe no se sonríe nunca.—¿Qué dirían!—Nunca se interesa por la salud de ustedes.—¿Es superior á esas cosas?—Saluda poco ó nada.—¿Cada cuál ha de mantenerse en su terreno!

—¿Gastar un jefe una broma? ¡Calle usted por Dios!

—¿Sentiría la disciplina!

—¿Darle á usted un cigarro? ¡Voto á San! ¿Somos todos iguales?

—No se ve continuamente que el hombre á quien un superior le dá la mano se toma brazo y todo, se cree igual á él é interpreta torcidamente las confianzas?

¡Cuidadito con eso! El jefe—sobre todo, el jefe que sabe serlo—debe copiar la cara, las actitudes y las maneras de esos barbas de teatro de provincia, que en las comedias y dramas hacen de padres ofendidos, ó de reyes á la antigua española, ó de banqueros seductores, ó de capitanes de navío, ó de traidores desalmados.

Siempre mala cara, como si tuvieran dolor de muelas ó reuma crónico.

Despego, mucho despego, como hombre conocedor del mundo y harto de la vida y enemigo de sus semejantes.

Hablar poco; pero lo poco que se hable, que se oiga. Gran vozarrón, así como dicen que habló desde el Sinai á los israelitas el Supremo Hacedor. Alguna interjeccion de cuando en cuando, mucha admiracion y mucha interrogacion en el diálogo.

—¿Dónde tiene usted los ojos?—¿En qué está usted pensando?—¿Cómo es usted tan torpe?—¿Qué lástima de pan el que usted comel!—¿Lástima de sueldo que le dan á usted.

Para el jefe es usted un sér inferior en el órden humano, lo cual no quita para que todos los conocimientos que usted tiene le parezcan pocos.

Sucede lo que á muchas de nuestras mujeres con nuestras criadas. Quieren que una moza de diez pesos al mes sepa coser, aplanchar, culinar, como Brillat-Savarin, leer y escribir, pero con ortografía, cantar con afinacion, hablar como nuestros clásicos y vestir con arreglo al figurin.

El jefe quiere que un empleado de 10 pesos sepa frances, ingles, aleman, algo de partida doble, su poquito de dibujo, elementos de legislación, cálculo mercantil é historia sagrada, desde Adán hasta nuestros dias.

La infabilidad que no se ha podido encontrar para los jefes visibles de la iglesia, es preciso que sea circunstancia indispensable en los subalternos.

El jefe puede equivocarse, casi estoy por decir que debe equivocarse. ¡Tiene mucho en que pensar! ¡Lleva muchas cosas en la cabeza! ¡No puede estar en todo! ¡No debe de cender á ciertos detalles! Pero en cuanto á usted, ya es otra cosa. La menor equivocacion le convierte á usted en torpe, descuidado, imbécil, atolondrado, estúpido.

El inferior debe dar al olvido sus dolores y echar la llave á los recuerdos.

Si la esposa está á punto de salir del paso, como suele decirse, ó si los chiquitines rompen demasiados zapatos, ó si el casero ha enviado la última intimación, debe usted olvidarlo al sentarse á trabajar.

Así como el público pide gracias al actor cómico aunque acaben de enterrar á un ser querido, el jefe pide á V. cara complaciente, afabilidad en sus maneras, acento cariñoso y respetuoso en las preguntas, y una salud á prueba de bomba.

—¿Está V. enfermo? ¡A ver, á ver! ¿Cómo ha sido eso? ¡Quince días enfermo! ¿Con qué derecho? ¿Con permiso de quién? Los pobres no están enfermos nunca. ¡Lo que es V. es un gándulón, un vicioso, un haragán!

Al traspasar el umbral de la oficina, quedan rotos los vínculos que unen al jefe con el subalterno, y se mantienen firmes los vínculos que unen al subalterno con el jefe.

¡Cuidadito con que al tropezarse V. en la calle con el jefe no deje V. la acera libre y se quite el sombrero y aun haga intención de quererle quitar la cabeza!

¿Que él no corresponde al saludo? ¡Bueno; pero hágase V. cargo! ¡No le ha conocido á V. I! ¡Conoce á tanta gente! ¡No creyó que era saluico! ¡Se figuró que iba V. á pedirle algo!

A veces, el jefe se fija en V. por distraerse, por ver la facha de V.

—¿Lleva V. un roto, un descosido, ropa no respetada por la intemperie y los años? ¡Qué adán! ¡Qué desgachado! ¡Son pobres y sucios!

—¿Lleva V. saco nuevo, porque alguna vez lo ha de ser? ¡Eche V. lujo! ¡Así no ahorran un cuarto, y son pobres toda la vida! ¡Y sabe Dios de dónde saldrá tanto lujo, porque con el sueldo solo, no tiene ni para agual!

En fin, que cuando es V. niño le dicen para amedrentarle: «¿Qué viene el cocol? Y cuando llega V. á hombre le asustan á V. los compañeros, diciendo á media voz: «¿Que viene el jefe!»

Eso sí; así como en el órden gradual de la familia el hombre que hoy es yerno y murmura de su suegro es mañana suegro y se ve murmurado, así en la jerarquía social el subalterno llega á jefe y se toma con sus inferiores la revancha de lo que el jefe le hizo á él sufrir.

Por eso los anarquistas, que persiguen una igualdad social encantadora, no verán jamás realizados sus ideales.

Todos vivimos con jefe, algunos los tenemos por docenas, como se tienen las viruelas.

El jefe es nuestra pesadilla, nuestro desvelo, nuestro martirio.

Y si los suicidas tuvieran algo mas de apego á la verdad que al romanticismo, alguna carta de las que se encuentran junto al clásico revólver, diría así:

«Señor Juez: No se culpe á nadie de mi muerte. Me mato para descansar, para no tener jefe.»

¡Ah! Lectores míos: ¡Bienaventurados los vagos, porque ellos no tienen jefe!

M. M.



TEATROS

De nuevo tenemos ópera, y de la buena. Nuestro gran tenor Oxilia, conquista en el Politeama tantos laureos como conquistó en Solís la pasada temporada. Ha dado *Laila* con la Svicher; *Fuorita* con la Conde; *Luzia* con la Gini, y noche á noche ha notificado la opinion que desde un principio se formaron los intepi-

ligentes á su respecto. Digno rival de Massini y de Stagno, los supera en la dición dramática, en la fuerza de la expresion, en la manera de interpretar. Su retrato debe figurar en esta seccion de *Caras y Caretas*, en la que nos proponemos que solo figuren los artistas de mérito.

Kaschmann ha debutado con *Rigoletto*. El éxito del simpático artista ha sido estruendoso y merecido. Aunque con menos voz que hace dos años, sorprende siempre por su arte consumado, y por sus creaciones admirables en ciertos y determinados papeles.

En el próximo número publicaremos su retrato.

San Felipe, ha reabierto sus puertas, y con éxito. La pequeña, pero hermosísima sala, se vé repleta todas las noches. Decididamente hay público para todo.

El que acude á San Felipe aplaude justicieramente á la señora Plá, una buena actriz que no tiene mas defecto que el de haberse dedicado á la zarzuela. En *Marina*, en *Tempestad*, en *Las Dos Princesas*, y en *Campanone*, la simpática tiple ha llamado la atención.

En el Teatro Popular, se ha estrenado otra compañía de zarzuela, que reemplaza á la dramática de los hermanos Falcón.

En cambio en Solís no se estrenan nada absolutamente, y segun todos los síntomas, en todo el mes de Agosto no habrá espectáculo en el primero de nuestros teatros.

CALIBAN



SPORT

Buenas, buenas, buenas, han sido las carreras últimas. —Hacia tiempo que no tenia el gusto de presenciar una fiesta hipica semejante. Todo contribuyó á darle realce: un día espléndido, una concurrencia numerosa y selecta, y un programa excepcionalmente interesante.

En la primera carrera (1200 metros) *Panache* hizo punta, pero en el codo se reunió á ella todo el

grupo de sus contrarios. Breves momentos de lucha decidieron el triunfo por *Catiné* que llegó holgada á la raya. —Tiempo: 1.16 2/5. —*Cormelles* entró segundo.

Odalisca forzó el tren en el Premio Agosto, distanciándose enormemente en la primera media vuelta de *Coyatá*, que era la favorita, de *Remington*, *Furita* y *Marat*. Pero al llegar á lo de *Cutin*, *Furita* inició una atropellada formidable con éxito completo; *Remington*, que era mi candidato, empezó á correr despues del codo, ocupando el segundo puesto. —Tiempo, en la vuelta, 1.54 3/5.

El Premio *Excelsior* no fue tan chacamento como se creia. Ganó *Twin*, con un tiempo de 1.4 en los 1000 metros, pero al final de la carrera *Rifaga* le alcanzó, y si no la quebró fue por faltarle tiempo en tiro tan corto.

Las dos carreras mas interesantes, fueron, sin duda alguna, las últimas. El Premio *Sarandí* fue disputado por doce caballos, entre los cuales, tres, y á célebres en Europa. Aprovechando un buen momento, el *starter* Rodríguez Larreta bajó la bandera, y el peloton se puso en movimiento en pos de *Gordon*, *Oriental* y *Guerrillero*, que tomaron la punta. *Oriental* era el tren en los primeros mil metros, siendo alcanzado á esa altura por *Exmor* y *Delfin* que ocuparon respectivamente el primero y el segundo puesto en la carrera. Al pasar por primera vez frente al palco, los *leaders* forzaron el tren, pero á la altura de los 1200 metros, *Guerrillero* desarrolló su accion vigorosa y rápida, batiendo á todos sus contrarios, en breves minutos de lucha. Alcanzó el triunfo por tres ó cuatro cuerpos de ventaja, llegando segundo *Delfin*, un *outsider* que desbarató en parte un pronóstico del número anterior, pues *Baricayupi* solo consiguió entrar tercero y *Gordon*, cuarto. Tiempo en los 3000 metros 1.16 4/5.

La última carrera, se redujo á un *match* entre *Soltarlo* y *Aventurero*, despues de la vuelta primera. En el camino quedó el tendal de los demás competidores. *Dorotea* se llevó una valla por delante, y cayó arrastrando á su jockey; *Phaqué* se resistió á saltar, quedando eliminado de la carrera y *Vanguardia* se aplastó despues de los 2000 metros. —El *Stud Charrúa* obtuvo su segundo triunfo del día con este premio.

Hasta el 31 del corriente no hay otra fiesta hipica. Estamos por consiguiente, á dieta de emociones *gratias*. —Veremos como se llena el programa de las carreras próximas, para abrir juicio en el próximo número sobre las inscripciones que se hagan.

Pio



ME NUDENCIAS

Siguen las *llapas*.

A las numerosas que vamos ofreciendo á nuestros suscritores, siempre en el deseo de hartarlos de gusto, tenemos que agregar hoy dos mas.

Luis Cardoso y

Carvalho y Rafael

Fraguero, colaborarán en la novela *Por seguir á un galgo*, además de los señores que ya nombramos, al dar cuenta, en el número anterior, de nuestro proyecto de novela.

Los nombres de los nuevos colaboradores son harto conocidos entre la gente de letras, para que necesitemos *munirlos* de elogio.

De muestra puede servirles el *Capítulo primero*, encomendado á lo pluma del señor Cardoso, que por combinación de última hora sustituyó al señor Artal, encargado, como dijimos, de la confeccion del primer capítulo.

Yo sé de una muchacha
joven y rica y de arrogante facha
que se muere de amor por un muñeco
feo, pobre y enteco.
Sea ciego el amor, si es puro y santo,
pero ¡por Dios! no tanto.

En la plaza Constitucion, un carruaje derribó el tlines un farol, partiéndolo además por mitad de la columna.

Si á esto se agrega que el *farol* de Buenos Aires (a) Juarez Celman, se tronchó tambien, y que ha cesado en su publicacion *La Linterna*, semanario que aparecia en esta, resulta que este mes ha sido funestísimo para los aparatos de alumbrado.

Sin que haya razon fundada
ni se sepa por que ha sido,
una mujer muy honrada
abandonó á su marido.
¿Qué bobada!

A nadie mas que á las siguientes personas, dedicó el característico de la compañía que actuó en el *Teatro popular*, su funcion de gracia:

Sturnino Reyes, Juan J. Illa, Patricio Meneses, Alejandro Ortiz, Fermín Olivera, Lorenzo Musio, señor Arvigo (comisario) Juan Aubriot, Fortunato Bonifacio, Juan J. Sini, Cesar Savini, José Benito, Ernesto Tuvin, Benigno Medina, Pedro hurrut, Rossi Hnos., Miguel Reyes, José Achard Hnos., señor Calagno, Pedro Morilla, Carles y Argelli, Ricardo y Juan Benusa, Lúcas y Leandro Pereira, Francisco Pelluffo, Octavio Olivera, Emilio Testuz, Bernardo Aguerre, Pablo Roure, Domingo Santos, Francisco Siocca, Juan Calafat, Egidio Turini y señor Capurro.

¿No hubiera sido mas breve dedicar el beneficio al Censo de la poblacion y pueblos limítrofes?

Cien mil francos de un golpe (me parece que no es grano de anís)

según dicen, ofrece la Academia de Ciencias de París, al grupo que presente una Memoria donde conste un remedio contra el morbo, y el dichoso mortal obtendrá gloria y una fortuna tragará de un sorbo.

Voy á enviar un plan á ver si cunja (que bien pudiera ser) y como ese dinero entre en la caja... ¡no son reformas las que voy á hacer!

Ahí van unos cuantos *colmos*, para que haya de todo:

El de la fundicion: Hacer una caldera de metal... de voz.

El de la habilidad odontológica: Extraer una muela de la boca... del estomago.

El de la agricultura: Trillar en la era... cristiana.

El de la cirugía: Hacer la autopsia al cuerpo... de delicto.

El de la pedagogía: Dar lecciones á las niñas... de los ojos.

El de la devoción: Rezar con el Rosario... de Santa Fé.

El de los negocios teatrales: Contratar por una temporada á la Compañía... Nacional de Crédito y Obras Públicas.

—¿Cómo está el gremio de dentistas! ¡Querrá usted creer que me han llevado cinco pesos por extraerme una muela y no tardaron mas que cinco minutos en la operación!

—¿Qué barbaridad! A mí no me costó mas que quince reales y eso que me tuvieron que arrastrar por toda la casa.

En la imposibilidad de servir colecciones completas de los números publicados, por haberse agotado la edicion de los primeros, rogamos á los numerosos señores que nos las tienen pedidas, se sirvan esperar la reimpression de dichos números, que será hecha muy en breve. ¡No ha de ser tan breve la conversion del papel moneda!



C. K.—Porongo—Recibí importe de las cuatro suscripciones. Dílos se lo pague!

E. G.—Me lo he comierá á V. á besos por su actividad y entusiasmo. La distancia le libra á V. de este atentado contra su pudor.

L. S.—Tactuemblo—¿Que si puede mandar el importe en timbres? Si, hombre, si, aunque sea en garbanzos, con tal que sean de buen cacer.

Clemente... X.—Paysandú—Entre su nombre y su condicion hay un abismo. Créame V. que sus versos asesinan á cualquiera.

E. J.—Salto—Cumplida su orden.

A. P. N.—San José—Idem idem.

N. H.—Canelones—Idem idem.

P. T.—Las Piedras—Idem idem.

E. L.—Rivers—Es mucho aviso el que pide y poco otorga al que ofrece. Ocho especios por cuatro publicaciones, son cien pesos. ¡Ni un real menos!

Sencas chico—Montevideo—¿Y tan chico! No se le vé ni con microscopio. ¿Qué pres!

Careta—Montevideo—Quiera usted un buen consejo! No escriba ni á la familia. Su falta de gramática es mayor que la de sentido común. ¡Cuidado que esta es grandel!

P. Pito—Montevideo—El asunto es más viejo que don Fernando Torres. Además, está mal escrito. ¡Mire usted si me tiene inconvenientes!

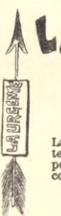
Macanudo—Montevideo—Pura paja. No crea que me refiero á la que debía usted comer.

ESPECTÁCULOS PARA HOY

NUOVO POLITEAMA—Compañía de Opera Italiana—La ópera en 4 actos **LA TRAVIATA**.

TEATRO SAN FELIPE—Compañía de Zarzuela Española—La zarzuela en 3 actos: **LA MASCOTA**.



 JAIME MAESO URUGUAY 99 Su martillo ha demostrado que, de todos los que hay, es el mas afortunado, pues con él ha rematado la mitad del Uruguay.	 EL UNIVERSAL 25 de Mayo esquina Cámaras Hace calzado á medida, á unos precios muy baratos, y es la casa preferida, por ser la mejor surtida en botines y zapatos.	 BAZAR NACIONAL SARANDI 347 Para hacer un buen regalo véte á Sienna sin dudar, porque Sienna, en su Bazar, nunca tuvo nada malo.	 LA Bodega ZABALA 95 Si te dice un bebedor que en la casa de Orejuela no existe el vino mejor, le puedes decir, lector, que se lo cuente á su abuela.
 AL FIGARO Peluquería 18 DE JULIO NÚM. 5 Nadie á pelar le aventaja, y afeitando es tan artista, que al filo de su navaja no hay pelo que se resista.	 LUIS A. CARPPIO Zabala 154 Llevó el martillo á Maeso, en campaña provechosa y no les digo otra cosa, porque es bastante con eso.	 SUÑER Y CAPDEVILA Uruguay 178 Es un médico especial, de quien diría cualquiera que ha encontrado la manera de hacer al hombre inmortal.	 FITZ-PATRICK Fotografía Inglesa Rincon 178 Fotografía especial, en que se copia á la gente, tan perfectísimamente, que parece natural.
 FRANCISCA CAMPOS Misiones 118 Enseña el piano tan bien y la música tan pronto, que en tres meses al mas tonto, le convierto en Beethoven.	 IMPRENTA LIBRERIA VAZQUEZ CORES, DORNALECHE Y REYES CALLE 18 DE JULIO N.º 146 Y 148		 LA URGENTE Empresa de Encomiendas CERRITO 307 La Empresa que te presento te rusgo, lector, que atiendas, porque hace las encomiendas con la rapidez del viento.
 CONFITERIA MODELO Convencion 267 Con poco que quiera usté, desalojar el boñillo, se dá facilmente el brillo de no caminar á pie.	 IMPRENTA LIBRERIA VAZQUEZ CORES, DORNALECHE Y REYES CALLE 18 DE JULIO N.º 146 Y 148		 CONFITERIA DEL TELEGRAFO 25 de Mayo 370 Pasteles y confitura y dulces de los mejores; en esta casa, señores, es todo vida y dulzura.
 LA INDUSTRIA Treinta y Tres 216 El que ríe <i>La Industrial</i> es, como saben, señores, el Capitan General, de nuestros rematadores.	 BRILLANTE SOL 25 de Mayo 290 Reflejan con tanto brio, y lanzan tan buena luz, que trastornan el sentido, como dijo un andalúz.	 EDUARDO ZORRILLA Ibicuý 257 Remata indistintamente, todo lo que el gremio abraza, pero muy especialmente, los animales de raza.	 GUITARRERIA ESPAÑOLA Rincon 286 Las hago tan españolas, y con tan buenas maderas, que acompañan ellas solas para cantar <i>peteneras</i>.
 CERVECERIA NIDING Asuncion (Aguada) Me comprometo á probar que mejor que esta cerveza no la ha tomado Su Alteza, el Principe de Bismar.	 TUPI-NAMBA Buenos Aires frente á Solís Nunca djerir podrá con facilidad usté, sino toma del café que sirve el Tupi-Namba.	 PRINCE & HILL Dentistas Norte-americanos CÁMARAS 163 Gracias á los especiales estudios de Prince & Hill, pueden comer mas de m i, con sus dientes naturales.	 EL REVOLTIJO Bacacay 7 Se pueden lograr tres fines en esta casa, lector: beber bien, fumar mejor, y instrarse los botines.